

llas del Bósforo, y que por la noche el esplendor de una iluminación general reemplazaría á la luz del sol. En la alcoba destinada á la emperatriz se pusieron colgaduras adornadas de infinidad de perlas finas, y se sacaron del Tesoro los diamantes más grandes, reuniéndose las más ricas muestras del arte turco desde la época del sultán Amurates. M. Benedetti escribió á M. Thouvenel: «Tendremos una verdadera página de *Las Mil y una Noches*.» ¡Cosa sin precedente hasta entonces, el Príncipe de los creyentes había resuelto dar el brazo á una mujer, á la emperatriz, para conducirla á su palacio y al banquete de gala que pensaba ofrecer á SS. MM.! Pero los encantos soñados por Abdul-Medjid no debían realizarse, por lo menos en 1855. Muy pronto no se trató ya del proyecto de marcha de los soberanos á Oriente. Las exhortaciones de los ministros, los consejos de la reina Victoria y del gobierno inglés durante su permanencia en Inglaterra, y por último, el atentado de que estuvo á punto de ser víctima después de su regreso á París, debían hacerle desistir de su propósito.

XXXIII

WINDSOR

Ya hemos dicho que en Boulogne, el 7 de septiembre de 1854, el príncipe Alberto había expresado á Napoleón III el deseo de la reina Victoria de recibir al emperador en Inglaterra y trabar conocimiento con la emperatriz Eugenia: este proyecto se realizó en abril de 1855.

El 15, á las once y media de la mañana, el Cuerpo legislativo, con su presidente el conde de Morny, fué al palacio de las Tullerías para presentar á la sanción del soberano las leyes recientemente votadas. «He querido, dijo Napoleón III, daros gracias antes de marchar. Me parece que seré vuestro intérprete asegurando al gobierno de S. M. la reina de la Gran Bretaña que apreciáis como yo todas las ventajas de la alianza con Inglaterra. Todos queremos la paz, pero mediante condiciones honrosas y tan sólo en este caso. Si debemos continuar la guerra, contaré con vuestro leal apoyo.»

El mismo día, á la una y media, el emperador y la emperatriz marcharon á Calais. Su acompañamiento se componía del mariscal Vaillant, gran mariscal de palacio y ministro de la Guerra; del duque de Bassano, gran chambelán; del coronel Fleury, primer caballerizo; de la princesa Essling, primera dama del cuarto de la emperatriz; del conde Carlos Tascher de la Pagerie, primer chambelán, y de la condesa de Montebello y de la baronesa de Malaret, damas de palacio.

SS. MM. llegaron á Calais por la noche á eso de las nueve.

Lunes, 16 de abril. El emperador y la emperatriz se embarcan por la mañana en Calais y desembarcan á las once y media en Dover, donde encuentran al príncipe Alberto, que los acompañará hasta el palacio de Windsor. A las cinco de la tarde hacen su entrada solemne en Londres y atraviesan la ciudad hasta el embarcadero de Paddington. Más de un millón de personas se agrupan á su paso; las más llevan los colores de Francia y profieren *vivas* entusiastas. Jamás soberano extranjero obtuvo en Londres tan cordial y magnífica acogida.

Dos horas después SS. MM. llegan al palacio de Windsor, donde la reina los espera.

La ciudad de Windsor ha levantado arcos de triunfo, y las almenas del castillo están iluminadas. La música militar entona el himno de la reina Hortensia *En marcha para Siria*; las trompetas resuenan, los tambores redoblan, y Napoleón III y la emperatriz se apean del coche.

Dejemos la palabra á la reina: «No puedo expresar, dice en su diario, las emociones que experimenté; parecíame que eran un sueño maravilloso; me adelanté, y el emperador me besó la mano. Yo le dí dos besos en cada mejilla, y después abracé á la dulce y graciosa emperatriz.» Las presentaciones se efectuaron en la sala del Trono, y después la reina y el príncipe Alberto condujeron á sus huéspedes á las habitaciones preparadas para ellos. Era la serie de aposentos magníficos entre los cuales se hallan el salón de Rubens, decorado por once cuadros de este maestro, y la sala Van Dyck, que contiene los retratos de Carlos I y de su familia. La habitación destinada á Napoleón III era la que habían ocupado el emperador Nicolás y Luis Felipe.

La reina ha reproducido en su diario las conversaciones que tuvo con el emperador por la noche después de comer. Decía que la encantaban los modales exquisitos del monarca y su delicado tacto. «Es verdaderamente sereno, añade; habla en voz baja y con dulzura, sin usar el estilo pomposo.» Napoleón III manifestó las grandes inquietudes que le inspiraba el sitio de Sebastopol. «Confieso, dijo, que temo un gran desastre, y por eso quisiera ir, pues nuestros generales no osan incurrir en ninguna responsabilidad.» La reina habló entonces de los peligros y de la distancia. «Sí, replicó el emperador, la distancia es grande, lo reconozco; pero los peligros están en todas partes.»

Martes, 17 de abril. Paseo á pie en el parque de Windsor después de almorzar. Se habla de la guerra, y el emperador insiste de nuevo en su deseo de ir á Crimea, manifestando la emperatriz más afán que su mismo esposo para la realización de este deseo. «No estará más expuesto al peligro en Crimea, dice, que en cualquiera otra parte. Rara vez estoy inquieta por él en París como no sea por la mañana cuando sale solo.» La reina, á quien la emperatriz agrada más y más, escribirá en su diario: «Tiene mucho valor y ardimiento, y sin embargo, hay en ella tanta dulzura y candidez, que el conjunto es encantador. Con su carácter jovial, se distingue por los modales más graciosos y más modestos.»

Durante el almuerzo Napoleón preguntó dónde estaba la reina María Amelia, y la reina Victoria contestó que se hallaba en Inglaterra. S. M. Británica hubiera podido añadir que cuatro días antes — el 13 de abril — la viuda del rey Luis Felipe había hecho una visita á Windsor en un coche cuya sencillez contrastaba con los esplendores de otro tiempo. El emperador dijo que el año anterior, hallándose María Amelia en España, le había propuesto por mediación del rey Leopoldo, que atravesara por Francia para regresar á Inglaterra. «Si V. M., añadió el emperador, tiene á bien repetirlo así á la reina María Amelia, me alegraré mucho de ello.»

A las cuatro de la tarde, gran revista en el parque de Windsor. La reina y la emperatriz suben al mismo coche; el emperador, el príncipe Alberto y el duque de Cambridge van á caballo, y una inmensa multitud asiste á esta magnífica fiesta militar. Se admira la guardia real, los carabineros y la artillería. Lord Cardigan, que monta el mismo caballo que llevaba en la famosa carga de Bala-

clava, atrae la atención general. A la reina le parece que el emperador es un excelente jinete y que á caballo tiene muy buen aspecto; la animación y el entusiasmo de la multitud son indescriptibles.

Por la noche, baile en la sala de Waterloo, esa gran sala que el pintor Lawrence decoró con los retratos de personajes que se distinguieron en los aconteci-



Retrato de la reina Victoria, en el año 1855

mientos de 1814 y 1815: Wellington, Blucher, Castelreagh, Metternich, Alejandro I, Canning y Humboldt. La reina abre el baile con el emperador, «que baila con animación y dignidad,» según dice, añadiendo en su diario: «¡Qué extraño es que yo, la nieta de Jorge III, baile en la sala de Waterloo con el sobrino del gran enemigo de Inglaterra, con el emperador Napoleón, que es ahora mi más íntimo aliado, y que seis años antes vivía en este país, desterrado, pobre y desconocido!»

Miércoles, 18 de abril. — El emperador recibe un telegrama que le anuncia una triste noticia, la muerte de uno de sus mejores consejeros, M. Ducós, ministro de Marina.

A las once Napoleón III asiste, en sus habitaciones, á un consejo, en el cual toman parte el príncipe Alberto, los lores Palmerston, Panmure, Hardinge, Cowley, sir Charles Wood, sir John Burgoyne, el conde Walewski y el mariscal Vaillant. Todos se pronuncian contra la proyectada marcha del soberano á Crimea; pero no consiguen convencerle.

Se ha convocado para las tres un capítulo de la Orden de la Jarretiera en el palacio de Windsor, en la capilla de San Jorge, esa hermosa capilla que fué reedificada bajo los reinados de Eduardo IV y de Enrique VIII. En el coro, magníficamente decorado, se ven los sillones de los caballeros de la orden, y en medio del coro están las tumbas de Enrique VIII, de su tercera mujer, Juana Seymour, y de Carlos I. Una galería subterránea conduce desde el altar al panteón real, donde reposan Jorge III, Jorge IV y Guillermo IV. Sobre los sillones de los caballeros de la Orden se ven sus banderas y escudos. Los caballeros llevan sus mantos de terciopelo púrpura con adornos de color carmesí, y los más de ellos, lores tenientes de los condados, ostentan bajo el manto un rico uniforme. Precedido del príncipe Alberto, el duque de Cambridge, rey de armas de la Jarretiera, lleva las insignias de la Orden sobre un cojinete de terciopelo carmesí, siguiéndole el ujier con la vara negra; el emperador es recibido á su entrada en la sala capitular por la reina Victoria, y los caballeros estan de pie. Al fin de la ceremonia, la reina, revestida del manto de la Orden, con un brazalete en el cual está grabada la famosa divisa *Honni soit qui mal y pense*, se levanta, y tomando el brazo del emperador, le vuelve á conducir á sus habitaciones. «Doy mil gracias á V. M., dice entonces Napoleón III á la soberana; éste es un lazo más; he prestado juramento á V. M. y le guardaré religiosamente. Esto es para mí un gran suceso, y espero poder probar mi agradecimiento á V. M. y á su país.»

Napoleón III rebotaba de alegría. La capilla de San Jorge le había dejado una impresión deslumbradora, como si hubiese visto una apoteosis; pero podía olvidar que en aquella misma capilla Luis Felipe había recibido también la orden de la Jarretiera, el 11 de octubre de 1844, y que su carrera, sin embargo, terminó en el destierro en medio de amarguras?... ¡Cuál no hubiera sido la tristeza del emperador si hubiese podido prever que, como Luis Felipe, debía volver, desterrado y vencido, á esa Inglaterra donde se presentaba ahora como triunfador! En aquel momento ansiaba tener un hijo; éste era su más vehemente deseo, y la Providencia debía realizarle muy pronto; pero ¡ay!, ¡quién hubiera podido sospechar que este hijo tan deseado moriría á los veintitrés años en una región lejana, vistiendo el uniforme inglés, y que en aquella misma capilla de San Jorge, donde Napoleón III acababa de ser nombrado caballero de la Jarretiera, la reina Victoria mandaría erigir un monumento á la víctima de los zulús, al heroico é infortunado príncipe imperial!

Durante la comida se habló de los refugiados franceses en Londres. La reina ha escrito en su diario: «El emperador dijo que los hombres que preconizan



La reina Victoria colocando á Napoleón III las insignias de la orden de la Jarretiera

alta y abiertamente el asesinato no deberían disfrutar de los beneficios de la hospitalidad..... También hablamos de las diversas tentativas que se habían hecho contra mí misma, observando que los atentados contra una mujer eran más atroces aún. En cuanto al emperador, creía, como su tío, que una conspiración conocida de antemano no ofrece ningún peligro; pero que cuando un fanático os ataca, haciendo el sacrificio de su vida, no se puede tomar contra él ninguna precaución. Después se habló de la falta de libertad que sufrimos en nuestra posición: el emperador dijo que á la emperatriz le afectaba esto mucho, y que llamaba á las Tullerías una hermosa prisión. También pensaba él así, y añadió: «He llorado á lágrima viva cuando salí de Inglaterra.»

Después de comer, la reina habló con el mariscal Vaillant, siempre muy opuesta á la marcha del emperador á Crimea, y al fin dijo: «He osado hacer algunas observaciones. — ¡Osado, osado!, replicó el mariscal; V. M. está interesada en la misma empresa, señora, y es preciso hablar claramente.»

Para impedir que Napoleón III fuese á Crimea había, pues, el más perfecto acuerdo entre Inglaterra y los ministros franceses. Estos últimos creían que el Imperio no estaba suficientemente consolidado aún para que el soberano pudiera exponerse á tan lejana aventura. En cuanto á Inglaterra, decíase que si el emperador se presentaba ante las tropas, ejercería por causa de su condición de soberano una verdadera hegemonía, y esto era una perspectiva desagradable para el amor propio británico.

La noche del 17 de abril terminó en el castillo de Windsor con un gran concierto con orquesta.

Jueves, 19 abril. El emperador y la emperatriz no debían permanecer ya en Windsor más que algunas horas. La antevíspera, el lord alcalde y los *aldermen* (concejales) habían ido á presentar el mensaje de la ciudad de Londres y á invitarles al banquete que la Cité les ofrecía para el jueves 19. En la mañana de este día el emperador dijo á la reina: «Si V. M. lo permite, voy á leerle mi contestación al mensaje de la Cité, para que me diga si tiene algunas observaciones que hacer. Debo leer en inglés, y ruego á V. M. que me indique las faltas de pronunciación que haya cometido.» A la reina le pareció el discurso admirable y la pronunciación excelente.

A las once de la mañana SS. MM. II. salieron de Windsor con la reina y el príncipe Alberto. Esta marcha dejó una impresión de tristeza en el ánimo de S. M. Británica. Los guardias, con uniforme de gala, estaban de pie en la escalera, y la música militar tocaba *En marcha para Siria*. «Yo estaba melancólica, ha dicho la reina, y preguntábame cuál sería el porvenir. He sabido que también á la emperatriz la entristecía abandonar Windsor.» Y la reina, que no conocía la pasión de los celos, natural en tantas otras mujeres, añadía: «Me felicito al ver cuánto la admira Alberto.»

XXXIV

LONDRES

La recepción que la ciudad de Londres preparaba al emperador le colmaba de alegría, porque Inglaterra y su capital eran para él objeto de verdadera predilección. Procedente de Nueva York y dirigiéndose á Suiza para ver á su madre moribunda, había pasado algunos días en Londres en 1837; y desterrado después de Suiza, volvió á Inglaterra, donde residió dos años, desde el 26 de octubre de 1838 hasta el 4 de agosto de 1840, día en que se embarcó para su funesta expedición de Boulogne. Por último, después de evadirse de la fortaleza de Ham, había llegado á Londres el 25 de mayo de 1846, y habitó en esta ciudad hasta el 23 de septiembre de 1848, día en que marchó á París para ocupar su puesto como diputado en el palacio Borbón, antes de instalarse en el Elíseo como Presidente de la República. Así, pues, durante cuatro años había sido huésped de los ingleses, familiarizándose así en este tiempo con sus costumbres y su lenguaje, el cual hablaba sin que se le conociese apenas el acento francés. Entonces no se le recibía en la corte, ni había hablado jamás con la reina ni con el príncipe Alberto; pero supo crearse relaciones con varios personajes notables de la sociedad británica, á los que había manifestado simpatías muy recíprocas. Agradecía á los ingleses que le hubieran dado un asilo que le permitió después conquistar el poder supremo, y la prueba de su afición á Inglaterra es que este fué el país que prefirió á todos los demás para fijarse en él después de perder la corona.

El 19 de abril de 1855 fué seguramente uno de los días más brillantes de la vida del emperador. Cuando llegó á Londres, á mediodía, con la emperatriz, la reina y el príncipe Alberto, fué saludado con demostraciones de entusiasmo y frenéticas aclamaciones; y una multitud inmensa se agolpaba al paso del cortejo, que se encaminó hacia el palacio de Buckingham. El emperador y la emperatriz permanecieron poco tiempo en este palacio, y marcharon solos á la Cité. El lord-alcalde, los concejales y las más altas notabilidades de Inglaterra los esperaban en Guildhall.

Situada en la Cité, en la extremidad de King Street, Guildhall es la Casa Ayuntamiento, el punto de reunión de los *guildes* ó corporaciones. La hermosa fachada del lado de King Street fué construída en 1789, y sobre la entrada se ven las armas de la Cité con la divisa: «Señor, guíadnos; *Domine, dirige nos.*»